



Un destornillador



o cualquier otra cosa, en realidad, puesto que se está tratando nada más de poner un ejemplo — sin mayor utilidad que el significar por qué caminos tan insospechados a veces podemos ir a parar a lugares o a recuerdos a los que, caso de que fuera necesario llegar, habríamos llegado por cualquier otro camino aun sin querer y, caso de no ser del todo imprescindible o incluso deseable el no llegar, habría sido sencillísimo el no enfrentarse con, tan sólo, haber elegido una barra de carmín o un espejito; que es lo que por culpa de doña Carmela, tan reacia de toda la vida a las innovaciones, se acostumbraba asegurar que solía elegir siempre Mariló¹ — de cuántos y hasta qué punto diversos pueden ser los objetos que a lo largo del tiempo se almacenan con no poco espíritu de provisionalidad cuando (prueba evidente de que no se los toma en serio ni se piensa que jamás se los vaya a querer buscar) se los amontona sin el menor orden y sin una pizca de concierto al lado de otros de su género, sí (“objetos”, a saber), pero no de su especie (“variedad”, a saber) habida cuenta de que junto a una cajita de pastillas Juanola, que a lo mejor y para colmo está vacía, aparecerá una bobina gris, [una receta de bartolillos](#)², o una entrada del cine Capitol, o del Avenida, de cuando fuimos a ver con nuestra amiga Isidora aquella película de Henry Fonda, tan angustiada en la que la cajera del banco lo confunde con un criminal...

Quiero decir con ello que son todos ellos cachivaches que sabemos de antemano que terminaremos olvidando, y que además no nos importa (ni el cúmulo de cachivaches ni olvidarlo) o de lo contrario los habríamos guardado a mejor recaudo y no

¹ La de las horquillas, sí.

² Ver [nota aclaratoria](#).

en cualquiera de esas múltiples cajas que fueron de otras cosas y hay en todas las casas, así, sin prestar la menor atención a colocar letreros identificativos.

¿Y eso por qué?

Pues porque nos da igual. Exactamente igual.